

ANTONIO MACHADO: HISTORIA Y POESÍA

JUAN MARICHAL

Quiero, ante todo, expresar mi agradecimiento al Departamento de Filología Española de esta Universidad —y muy particularmente a la profesora Caballé y a mi antiguo amigo Joaquín Marco— por la oportunidad que tan generosamente me han ofrecido de volver a Barcelona. Porque, aunque he hecho, hace ya muchos años, dos visitas fugaces a esta capital, no había estado aquí en una aula de estudio desde 1938. Era la mía, entonces, la del sexto año de Bachillerato en el Instituto «Salmerón» en la calle Muntaner. Recordemos, de paso, que don Nicolás Salmerón, Presidente de la Primera República en 1873, había sido uno de los maestros de Antonio Machado en la Institución Libre de Enseñanza en Madrid. Y siempre he guardado el buen recuerdo de mis profesores del Instituto «Salmerón», donde con frecuencia no se suspendían las clases durante algún bombardeo diurno. Y aquí, en el «Salmerón», tuve la fortuna de tener como profesor de filosofía a Eduardo Nicol. No es quizás ocioso mencionar que en el Bachillerato ideado por don Fernando de los Ríos se estudiaba filo-

sofía en los dos últimos años, sexto y séptimo. Y tanto nos entusiasmaba Nicol que algunos de nosotros asistían también a la clase de la misma materia que daba en la sección de lengua catalana. He de añadir que fue una gran emoción para mí encontrar de nuevo al profesor Nicol en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México, donde él era catedrático de Psicología y yo alumno de Historia y Filosofía. También coincidí, en México, en el Instituto «Luis Vives» —donde empecé mi noviciado docente— con la profesora de Biología del «Salmerón», un paradigma de dedicación profesional. Antes lo he dicho en otros lugares y me es particularmente grato repetirlo aquí: al salir de España —mediado el verano de 1938, y no es del caso dar, ahora, las causas de ese temprano exilio— sentía que me llevaba no sólo un centenar de libros sino, sobre todo, el afán de saber que me habían infundido mis maestros de Barcelona y de Valencia.

Casi pude conocer allí, en Valencia, a don Antonio Machado, ya que vivía en un chalet de Godella, en la carretera que llevaba al muy cercano pueblecito de Rocafort, donde residía el poeta. Y cuando regresaba una tarde de Valencia a Godella, en un trenecito suburbano, con el primer número de *Hora de España*, la lectura de las páginas de «Juan de Mairena» fue singularmente emocionante para aquel muchachito, estudiante de quinto año de Bachillerato en el Instituto «Blasco Ibáñez», alojado temporalmente en los edificios del Instituto-Escuela, que también albergaba a los profesores y artistas llegados de Madrid a la Casa de la Cultura. Desde entonces he sido lector asiduo de Machado, y he hablado, por supuesto, de su obra en mis cursos del Colegio Universitario en Harvard y en seminarios del programa doctoral. No soy, sin embargo, un «machadista» (profesionalmente hablando): estoy, pues, aquí, como un lector de Machado, cuya poesía y prosa le ha

sido, con frecuencia, un apoyo consolador y una lección de humildad. Tanto se ha dicho y escrito últimamente sobre Machado que no sé si lo que voy a exponer ahora duplicará algún texto ajeno: me ha sido imposible, claro está, consultar esa vasta bibliografía, mas sospecho que el enfoque dado a las consideraciones siguientes no es quizás el que se suele emplear entre los «machadistas». Esto es, me propongo marcar la singularidad de Antonio Machado en la historia intelectual de la España de su tiempo, 1875-1939.

Mi punto de partida es el de un historiador francés, famoso en tiempos del Machado joven y hoy casi olvidado: Charles Seignobos (1854-1942). Mantenía Seignobos que la historia es la ciencia de lo que sólo acontece una vez, «ce qui arrive seulement une fois». No voy a entrar, por supuesto, en la magna cuestión sobre la naturaleza de la historia, tan debatida por tantos historiadores en este siglo. Baste recordar que el gran historiador también francés, desaparecido no hace mucho, Fernand Braudel, se opone tajantemente a Seignobos para afirmar que no hay más ciencia que de lo general, lo que sucede más de una vez. Pero la historia intelectual, pese a lo afirmado y demostrado por Braudel (en sus vastas descripciones), es una disciplina que se apoya mucho más que cualquier otra en el principio de Seignobos. La historia intelectual —tal como la concibe y practica un grupo de historiadores actuales— emplea preferentemente la que podríamos llamar «vía biográfica», y, por lo tanto, sostiene que una vida humana solamente es concebible como una realidad que sólo sucede una vez, que es absolutamente única e irrepetible. O puesto en otros términos, una vida humana *está* en un preciso tiempo histórico y carecería de sentido si su narración la situara en un vacío temporal. Por ejemplo, cuando Sartre dice que las *Flores del mal* de Baudelaire podían haberse escrito en cualquier época de la histo-

ria francesa, se justifica que Georges Bataille le hubiera contestado críticamente mostrando la relación genética, por así decir, entre el poeta y su tiempo. Es más, la poesía de Baudelaire es un espejo fiel de su propio tiempo, aunque no hubiera voluntad del escritor para que lo fuera. Me propongo así esta mañana someter a la consideración de ustedes la siguiente hipótesis: la singularidad de Antonio Machado —tanto en su poesía como en su prosa— es el resultado de la confluencia en su persona y obra de componentes muy diversos. Confluencia, claro está, enteramente única.

Antonio Machado fue, desde luego, poeta por la gracia de la Providencia, mas la conjunción de linaje espiritual y político, de lugar y año de su nacimiento, determinó fuertemente la originalidad de su futura actividad creadora. Antonio Machado hubiera podido ser uno de los divertidos heterónimos de poetas andaluces del siglo XIX que él se complacía en inventar. Fue *él*, sin embargo, y no uno de ellos porque nació en Sevilla, en 1875, en una familia de linaje liberal: su bisabuelo materno fue uno de los patriotas liberales opuestos a la invasión napoleónica y autor de un libro filosófico, *La unidad simbólica*. Antonio Machado en el otoño de 1936 se denomina a sí mismo «demófilo incorregible», esto es, «amante del pueblo» —término que emplearía su propio padre como seudónimo («Demófilo»), con patente filiación familiar, ya que José Álvarez Guerra, el bisabuelo materno, había empleado el muy doceañista de «Un amigo del hombre». La «filantropía» (como hubiera dicho Mairena) heredada por Antonio Machado es también el resultado de una fusión de tres componentes: el político, el filosófico y el que podríamos llamar «antropológico». El político —que no se acostumbra señalar por los machadistas— es de suma importancia en Antonio Machado: su abuelo Antonio Machado Núñez había sido «progresista» (o sea liberal de izquier-

das) y como tal gobernador de Sevilla en 1870, año del comienzo del breve reinado de Amadeo I. El padre de Antonio Machado —Antonio Machado Álvarez— fue un activo republicano que colaboró en el periódico *La Justicia*, dirigido por Salmerón. Cuando nació Machado (el 26 de julio de 1875) ya se había restaurado la Monarquía y los intelectuales republicanos estaban en la fase melancólica del examen de conciencia colectiva tras la muy corta vida de la I República. El niño Antonio se crió así, en sus primeros años, en una familia cargada de historia política española, con esa «melancolía del liberal español» de que había hablado Larra. No eran, su padre y su abuelo, narcisistas atormentados por su condición de españoles, como el trágico ensayista romántico. Los Machado formaban parte en Sevilla del círculo intelectual encabezado por don Federico de Castro (1834-1903), el catedrático de Metafísica en la Universidad de Sevilla y discípulo y amigo de Sanz del Río, el fundador de lo que se ha llamado *krausismo* en España y otros países de lengua española.

Antonio Machado y su hermano Manuel ingresaron en la famosa Institución Libre de Enseñanza de Madrid, en 1883, cuando el abuelo paterno obtiene cátedra en la Universidad Central, y allí estudiaron seis años, hasta 1889. Esto es, Antonio Machado estuvo en la Institución de los ocho a los catorce años, período decisivo en la formación intelectual y moral de un muchachito. Machado tuvo la fortuna de ser alumno de don Francisco Giner de los Ríos y otros extraordinarios maestros de la Institución. El pueblo de Madrid, siguiendo a algún ingenio de la Corte, llamó a dichos profesores «jesuitas laicos», por la visible uniformidad de sus modales y vestimenta (sin olvidar la recortada barba). Y, sin duda, los *institucionistas* aspiraban, sobre todo, como decía Giner, a *hacer hombres*, a «imprimir carácter», como se ha dicho de la educación jesuita. Para

nuestros propósitos basta ahora acentuar la deuda de Machado con la Institución, que él reiteró por escrito en diversas notas autobiográficas. No fue, sin embargo, sólo una deuda en cuanto a normas de vida y conducta: también adquirió Machado en la Institución y en el ámbito intelectual madrileño de *krausistas* y afines, un pensamiento coherente sobre la existencia humana. Quisiera hacer aquí un breve inciso para precisar la importancia del *krausismo* en la historia intelectual española y en Antonio Machado en especial. Algunos autores que se han ocupado de los *krausistas* los presentan como figuras que encarnan una *actitud*, más que como hombres de pensamiento con ideas claras sobre el mundo y España. Ideas que no son siempre originales, desde luego. En este caso, como en tantos otros de historia intelectual, es menester recordar el precepto casi hipocrático tantas veces afirmado por Unamuno: «no hay opiniones sino opinantes». Mas, es patente que las «opiniones» son indispensables para que haya «opinantes»: de otro modo la llamada «actitud» sería un gesto rumboso aunque fuera el de la austeridad. En breve, deseo hacer hincapié en el contenido intelectual de las enseñanzas de los maestros krausistas de Machado, además del paradigma ético que representaban para él. Un ejemplo es suficiente. Todos recordamos la definición que da Machado de la poesía en la famosa *Antología* de Gerardo Diego, 1931: «la poesía es la palabra esencial en el tiempo». Un trabajo del profesor Lázaro Carreter muestra que en el *Compendio de Estética* de Krause, traducido por Giner de los Ríos, aparece un concepto similar al de Machado. No se puede afirmar, evidentemente, que Krause, vía Giner, es la fuente de Machado (que quizá no leyó el *Compendio* mencionado): mas es verosímil suponer que Machado escuchara a Giner algún comentario sobre poesía semejante a su definición de 1931.

La relación de Machado con el krausismo es innegable en un campo de trabajo investigador iniciado en gran medida por su padre, Antonio Machado Álvarez, «Demófilo», en sus tareas y publicaciones sobre la tradición folklórica andaluza. Sin olvidar, por supuesto, la propia referencia del mismo Machado a su tío abuelo, Agustín Durán: «Cierto que yo aprendí a leer en el *Romancero General* que compiló mi buen tío don Agustín Durán.» No es ahora la ocasión para detenerse en esta filiación familiar de Machado, pero sí conviene recordar que Krause —y, sobre todo, los krausistas españoles— habían resuelto el problema que abrumaba a algunos románticos europeos, incluido Larra: ¿cómo conciliar el «ser amigo de la humanidad» con la condición nacional, con el amor a la patria? Para Sanz del Río las cosas estaban muy claras: «las costumbres nacionales son preciosas como parte no indiferente de las costumbres de toda la humanidad». Pero los krausistas representaron en la historia española toda —no sólo en la historia intelectual— algo más profundo, y más perturbador, que el comienzo riguroso de la enseñanza filosófica o de las investigaciones dignificadoras de la cultura popular. Unas palabras de don Juan Valera nos permiten puntualizar lo que quiero apuntar. Al exponer el efecto causado por Sanz del Río al empezar su docencia universitaria en 1854, escribía Valera: «el partido clerical empezó pronto a mover guerra al maestro, a los discípulos y a la doctrina que divulgaban». Añadiendo don Juan: «Acusábanlos de panteísmo místico.» Y continúa su rememoración indicando que los krausistas estaban, en el fondo, en una tradición espiritual europea que incluía a Santa Teresa y San Juan de la Cruz a pesar de su «enmarañado» estilo, como él lo denomina. Ahí estaba, sin embargo, la razón del extremoso antikrausismo de gran parte de la Iglesia española. Sobre todo porque los krausistas no eran los usuales anticlericales tra-

gacuras ni los llamado «librepensadores» fieramente ateos. Por vez primera en la historia de España, desde el siglo XVI, aparecían unos hombres que se excluían a sí mismos de las creencias católicas para formular una nueva fe en la transcendencia de la vida humana, sin fundamentarla en ninguna de las religiones existentes. De ahí que «el pensador de Illescas» (como llamaba Ortega a Sanz del Río) marcara tan hondamente la historia espiritual de España y que despertara los antagonismos aludidos por Valera. ¿Cabe negar que Unamuno y Ortega, por citar sólo dos nombres de la cultura española del tiempo de Machado, serían inconcebibles sin el precedente no exclusivamente cronológico de Sanz del Río? Y, por supuesto, más inconcebible sería la poesía de Machado sin el clima espiritual de su propia familia y el de sus maestros primeros.

Aunque la singularidad literaria (e histórica) de Machado no se aprecia debidamente si se le limita a ser la voz lírica del krausismo y sus prolongaciones. Porque Antonio Machado no es enteramente encasillable en el modelo de joven español diseñado por Giner y sus colegas de la Institución Libre de Enseñanza. Fue Machado, de joven, muy mal estudiante, tras abandonarla: iconcluyó el Bachillerato a los veinticinco años! Frequentó, no obstante, la Biblioteca Nacional y no sería arbitrario calificarlo (como lo hizo él mismo) de autodidacta. Pero, sobre todo, en Antonio Machado jugó un papel crucial la experiencia de la vida (no sólo espiritual) del París de la III República. En varias ocasiones Antonio Machado expresó su hostilidad a todo lo francés —en lo cual actuó también un factor muy personal: el comienzo de la enfermedad de su Leonor un 14 de julio en París y las dificultades para encontrar atención médica en esa festividad patriótica—. Mas, en una carta a Unamuno, desde Baeza, en 1915 le escribía:

«Yo también, en el fondo, acaso sea francófilo. Mi antipatía a Francia se ha moderado mucho... La otra Francia (en contraste con la Francia reaccionaria) es de mi familia y aun de mi casa, es la de mi padre y de mi abuelo y mi bisabuelo; que todos pasaron la frontera y amaron la Francia de la libertad y el laicismo, la Francia religiosa del *Affaire* y de la separación de Roma, en nuestros días. Y ésa será la que triunfe de Alemania.»

No recuerdo, ahora, si Machado figura en un libro —cuyo autor, aun no siendo español, habrá querido olvidar— muy expresivo del ominoso año de 1940, *Francia en España*: porque Machado pertenece, sin duda alguna, al linaje espiritual que el desafortunado prologuista hacía descender de Feijoo, la modernización intelectual de España por vía de Francia. Se ha señalado, repetidamente, siguiendo el propio testimonio de Machado, que el gran filósofo francés Henri Bergson está presente en su pensamiento y poesía, mencionándose particularmente que asistiera a un curso público en el Collège de France en 1911 de aquel renovador intelectual. Me aventuro, sin embargo, a apuntar que el influjo de Bergson databa de 1899, cuando el éxito del libro de Bergson *Materia y memoria* lo señalaba forzosamente a la atención del joven Machado, en su primera estancia en París. La importancia que da Bergson al recuerdo para el conocimiento de las cosas y los seres humanos es muy machadiana, *avant la lettre*. Pero lo que quisiera realzar en la relación de Machado con Francia —tanto en sus tres estancias en París como en sus lecturas en España— no se ha solido señalar por sus abundantes comentadores.

Recordemos que los hermanos Antonio y Manuel Machado en 1899 hacen su primer viaje a París, donde permanecieron algunos meses trabajando en la edito-

rial Garnier, que publicaba libros en español para los países hispanoamericanos. Es el año de la primera revisión del muy famoso *affaire* Dreyfus, y Antonio Machado, junto con Pío Baroja, participó en una agitada manifestación en favor del capitán judío, condenado injustamente por un alto tribunal militar. Aquel juicio dividió a Francia entera, y fue entonces precisamente cuando empezó a usarse el término «intelectual» como denominación del vasto colectivo integrado por profesores universitarios, escritores, abogados, médicos, etc. Fue una prueba decisiva para la III República, pero no sólo salió de ella muy fortalecida: pasó a la ofensiva, con leyes que limitaron seriamente las actividades docentes de la Iglesia católica y reafirmaron el carácter esencialmente laico del régimen republicano. La Francia del fin de siglo no tenía nada de *decadente*, para el visitante que no se limitaba a observar ciertos cafés del Barrio Latino. La III República, al verse gravemente amenazada, decide ampliar las funciones docentes del Estado para ofrecer así, a una mayoría de la población francesa, igualdad de oportunidades educativas y también —¿cómo negarlo?— inculcar a los escolares de todos los niveles en los principios políticos y morales derivados de la Revolución francesa. Era la Francia que conoció Machado la de la llamada «república de los profesores», y la del Partido Radical Republicano en su primera y mejor época. Se ha hablado, por François Chatelet, del «humanismo republicano» para describir las dos décadas 1890-1910 en la historia ideológica de Francia, que él ve representado literalmente por el ensayista (y profesor de filosofía) cuyo seudónimo era «Alain». Los *Propos* («Conversaciones») del profesor francés serían seguramente del gusto de Machado, pues tienen mucha semejanza con el modo estilístico de «Juan de Mairena». Y podría ser objeto dicha similitud de un estudio comparado de los dos ensayistas. En suma, pro-

pongo que Antonio Machado absorbió la cultura francesa de la III República en un grado mucho mayor de lo que se ha indicado hasta ahora. Es más, el ingreso de Antonio Machado en la Logia «Mantua» de la Masonería española podría verse como un efecto más de sus estancias en Francia, dado que los «radicales» franceses utilizaron las logias masónicas para difusión del humanismo republicano.

La singularidad de la voz lírica de Machado —lo que hace de él también un espejo tan fiel de su tiempo histórico— es, como indicamos antes, el resultado de la convergencia en ella de varios afluentes: y el que acabamos de considerar —el que viene de Francia— no habría tenido la misma importancia si Machado no hubiera sido ya, en 1899, un espíritu suficientemente desarrollado para poder aprovechar una estancia fuera de su patria y cultura. Acudiré para explicarme al grandísimo poeta de esta tierra y ciudad, Joan Maragall. En uno de sus ensayos castellanos mantenía que la diferencia —en cuanto a la efectiva europeización de los españoles antes y después de 1898— estriba fundamentalmente en lo siguiente: los del siglo XIX no tenían bastante cultura para poder recibir con provecho los influjos de la Europa transpirenaica, mientras que los hombres del 98, en primer lugar, podían europeizarse plenamente porque ya estaban preparados para absorber con fruto las ideas foráneas. Tenían la necesaria fortaleza espiritual —decía Maragall— para asimilar la cultura de otros países y lenguas que les permitiría ser más ellos mismos, más fieles, en verdad, a la propia tradición patria. No sería extraño que Maragall estuviera pensando en su amigo Miguel de Unamuno al escribir lo que he resumido. Porque Unamuno solía decir —con su habitual estilo paradójico— que él era tan esencialmente español por haberse hecho fuera de España en su formación espiritual. Unamuno se refería, digamos de paso, a sus

vastísimas lecturas en varias lenguas modernas y antiguas, puesto que no residió fuera de España hasta su exilio de 1924-1930. Antonio Machado, en cambio, fue a Francia en 1911 con una beca de la Junta para Ampliación de Estudios creada en 1907 y que tan beneficiosas consecuencias tuvo para la España del primer tercio del siglo XX. Machado tenía entonces treinta y cinco años, y solamente contaba con el título de Bachiller que le había permitido obtener la plaza de profesor de francés en los Institutos Nacionales de Segunda Enseñanza. No habría conseguido, seguramente, la beca aludida de no haber sido ya un poeta conocido —había publicado *Soledades* en 1903, libro reeditado en 1907 con adiciones: *Soledades. Galerías. Otros poemas*— y también, es menester reconocerlo, la Junta para Ampliación de Estudios estaba regida por don José Castillejo, persona muy unida a la Institución Libre de Enseñanza y, sobre todo, a Giner de los Ríos. Es probable que otro profesor de un Instituto rural (como decía de sí mismo Machado) no hubiera obtenido la beca mencionada: recordemos, por otra parte, que Castillejo administraba muy parcamente los escasos fondos que tanto trabajo le costaba obtener de gobiernos siempre reacios. La beca concedida a Antonio Machado era tan exigua como las restantes de la Junta: de ahí que tuviera que pedir prestados a Rubén Darío 250 francos cuando quiere abandonar París con su joven esposa gravemente enferma. De todos modos, quizá sea Machado uno de los raros escritores españoles que recibieron ayuda del Estado en aquellos tiempos gloriosos de la Junta, de la cual se podría decir algo semejante al agradecimiento expresado por Churchill a los aviadores ingleses de 1940: «nunca tantos españoles debieron tanto a tan pocos compatriotas», como Castillejo y sus colaboradores. Parece ser que Machado envió un informe a la Junta —como era su obligación de becario— sobre el

«Estado actual de los estudios filosóficos en Francia».

Terminó también en París su libro *Campos de Castilla*, que obtiene notable éxito al publicarse en el otoño de 1911, ya de vuelta el poeta en Soria. Algunos de los poemas más hermosos de Machado —y también algunos de los más expresivos de su tiempo histórico— corresponden a los años siguientes, tras la muerte de Leonor el 1.º de agosto de 1912, que motiva el traslado del poeta-profesor a Baeza, en Andalucía. Allí escribió el famoso poema «A José María Palacio», que tan finamente ha interpretado el profesor Claudio Guillén. Otros versos que atrajeron la atención de Luis Cernuda y de Octavio Paz son los del titulado por el mismo Machado, «Poema de un día — Meditaciones rurales». Tanto el poeta sevillano, como el mexicano, observan el tono nuevo, la fluidez conversacional, que para ellos, da a los versos de Machado un aire adelantado a su tiempo. No es mi propósito, ahora, seguir la vía marcada por Cernuda y Paz en la apreciación del «Poema de un día». Quisiera, en cambio, detenerme, brevemente, en lo que este singular poema representa como espejo histórico de la España de Machado. Pertenece a los años nuevamente andaluces del poeta —1912-1919— cuando escribe también sus versos más satíricos, más «jacobinos» (para emplear un término suyo), y quizá más citados por los comentaristas del Machado *agresivo*. Todos sabemos cómo este Machado —el de la «rabia y la idea»— ha jugado un importante papel en la España de la resistencia a la opresión caudillista. Ningún otro poeta español de lengua castellana ha sido tan alentador, para muchos jóvenes de aquella época sombría, como el Machado de lo que él llamaba «porte jacobino». Mas no es mi propósito acentuar lo evidente, lo que Machado dice clara y tajantemente sobre o mejor dicho *contra* la España que le tocó vivir, la que él llama «España de charanga y pandereta». Me parece, incluso, que se ha

falseado considerablemente a Machado —y a su España!— al querer reducirlo a poeta retratista de una España esperpéntica, casi valle-inclanesca. Y mucho me temo que para algunos lectores —y oyentes de discos— Antonio Machado, en estos meses de conmemoraciones del cincuentenario de su muerte, haya padecido lo que él decía respecto a Santa Teresa. Análogamente me siento tentado a exclamar, «¡Pobre don Antonio! —le llamo *pobre*, no por él sino por sus comentadores—.» Todo lo cual muestra, de todos modos, que Machado es un poeta de una rara vigencia colectiva.

El «Poema de un día» es un texto excepcional por la apretada condensación de vida intelectual y rural que permite a los lectores actuales revivir un día del poeta y de su España. El poema es largo y no pretendo tampoco ahora hacer el análisis detallado que merece —y que quizás haya sido hecho ya por algún machadista cuyo trabajo desconozco—. Me limitaré a realzar su condición de *ventana*, por sí decir, que permite ver una España nada esperpéntica. Así el profesor «de lenguas vivas» recibe un paquete postal: «Libros nuevos. Abro uno / de Unamuno. / ¡Oh, el dilecto, / predilecto / de esta España que se agita, / porque nace o resucita! / Siempre te ha sido, ¡oh Rector / de Salamanca!, leal / este humilde profesor / de un instituto rural. / Esa tu filosofía / que llamas diletantesca, / voltaria y funambulesca, / gran don Miguel, es la mía.» Antonio Machado está en «una población rural, encanallada por la Iglesia y completamente huera» —tal como la describe a Unamuno en una carta de 1913—. Pero ahí está el Rector de Salamanca, el español más respetado de su tiempo —y añadamos: ese español era un *disidente*, en todas las acepciones del vocablo—. No hubiera sido posible quizás en ningún país del resto de Europa —ni tampoco en los Estados Unidos— que un Rector de Universidad, estatal además, se expresara con la libertad que lo hacía

Unamuno. Se explica así que él dijera, justamente en 1912, que España —en cuanto a libertad de expresión— era uno de los países más libres de Europa toda. Lo que una carta del incansable predicador epistolar, que era don Miguel, representaba para un amigo o lector desconocido, fácil es de imaginar: para Machado, entonces, fueron las cartas de Unamuno un consuelo y una constante incitación a ser él mismo, espiritualmente hablando. Machado había escrito una reseña del libro de don Miguel, *Contra esto y aquello*, para la revista *La Lectura*, en la cual manifiesta su afinidad con Unamuno: «Simpatizo profundamente con la aversión que profesa Unamuno, más que al jacobinismo anarquizante falto de toda espiritualidad... a esos neocatólicos franceses que pretenden representar hoy —o hace unos días— la élite de la intelectualidad francesa.» No podemos detenernos en el comentario de la larga carta de Machado a Unamuno, pero sí ha de señalarse la referencia que hace a un frase del doctor Luis Simarro, que le había sorprendido tanto como a Unamuno. Escribía Machado:

«Empiezo a creer que la cuestión religiosa sólo preocupa en España a Ud. y a los pocos que sentimos con Ud. Ya oiría Ud. al doctor Simarro, hombre de gran talento, de gran cultura, felicitarle de que el sentimiento religioso estuviera muerto en España. Si esto es verdad, medrados estamos, porque ¿cómo vamos a sacudir el lazo de hierro de la Iglesia católica que nos asfixia?»

Y añade Machado: «El clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano.» Palabras casi literalmente unamunienses, aunque Machado no estaba «plagiando» a don Miguel. O como cuando escribe también Machado: «Ni Atenas, ni Koe-

nigsberg, ni París nos salvarán, si no nos proponemos salvarnos.»

En el «Poema de un día» figura también Bergson: «Enrique Bergson: *Los datos / inmediatos / de la conciencia. ¿Esto es / otro embeleco francés? / Este Bergson es un tuno / ¿verdad, maestro Unamuno? / [...] este endiablado judío / ha hallado el libre albedrío / dentro de su mechinal.»* Y concluye el poema con una nueva referencia al libro de Bergson. En fecha próxima a la carta que escribe a Unamuno, Machado se dirige a Ortega, en mayo de 1913. Y le confiesa su predilección por Bergson:

«Escuché en París al maestro Bergson, sutil judío que muerde el bronce kantiano, y he leído su obra. Me agrada su tendencia.»

Vemos así a Machado en relación epistolar con las dos cabezas principales –las dos caras, en verdad– del pensamiento español contemporáneo. Recordemos, de paso, que tras haber recibido la Licenciatura en Filosofía y Letras en 1918, se examinó con Ortega, en 1919, de Metafísica, para iniciar el doctorado en Filosofía, que no prosiguió. ¿No es conmovedor este episodio de un profesor de Instituto rural, de 44 años, examinándose con un joven catedrático de Metafísica que es, entonces, el árbitro, por así decir, de la vida pública española? ¿No es, acaso, un episodio que Juan de Mairena hubiera podido inventar?

El «Poema de un día» permitiría mostrar también la altísima calidad de la lírica de Machado y su lugar principal en el nuevo Siglo de Oro de la poesía de lengua española entre el Desastre llamado de 1898 y el auténtico Desastre de 1936. El grande y malogrado autor francés Albert Camus decía que no tardaría en llegar el día en que Europa reconociera el valor de Antonio Machado y en particular de *su* «Mairena». Ese día no ha

llegado aún, y no es del caso considerar ahora las causas de ese escandaloso retraso. Quiero dejar constancia, a este propósito, de cómo, en mis largos años de trabajo docente en los Estados Unidos, he visto repetidamente que aquellos de mis alumnos que eran novicios poetas se interesaban, particularmente, por dos poetas que residieron un tiempo en Baeza: San Juan de la Cruz y Antonio Machado.

Pero lo que me he propuesto esta mañana es hablar a convencidos del excelso valor de la poesía de Machado —razón primera de este homenaje, por supuesto— y hablarles de lo que me parecía oportuno en esta hora de España, cuando se conmemora el cincuentenario de su muerte. Estaba yo entonces en el Liceo «Michelet» en París y recuerdo el enorme pesar del profesor Davée, que guiaba mis lecturas de literatura española, que literalmente lloraba al decirme que Machado había muerto en Collioure. Davée, gran entusiasta de la España republicana, predecía que pronto Francia padecería una catástrofe similar a la de España. Y al llegar la hecatombe francesa de 1940, tuve la buena fortuna de poder trasladarme a Casablanca, saliendo de un pueblecito cercano a Collioure, Port-Vendres. Aquella noche de espera larga en el barco que llevaba a su tierra a zuavos argelinos de lengua española, todos heridos de guerra —y que se pasaron la noche cantando «María de la O»—, pensé en todo lo que me llevaba de España, de Europa toda, a la que quizá no volvería más nunca. Más tarde, en México, pude adquirir el precioso volumen de las *Poesías completas*, de la legendaria Editorial Séneca: y también por cierto el de San Juan de la Cruz. Y la lectura de Machado —y de Unamuno y Ortega y de tantos escritores más de este siglo— me hicieron sentir que su tiempo, 1875-1936, había sido una época de paz y convivencia española a pesar de todo lo que conocemos: caciques rurales y demás «inconvenien-

tes» (como diría Francisco Ayala). Mi primera conferencia pública —ya en los Estados Unidos— tenía un título quizá chocante para algunos republicanos que se sorprendían de que yo englobara a la Monarquía de la Restauración y de Alfonso XIII con la II República: llamaba a esa época (iniciada, en verdad, en 1868, con la denominada Gloriosa) «la Edad de Oro Liberal» y veía en la existencia de un Parlamento la voluntad de convivencia de los españoles, y, sobre todo, de la clase media o burguesía. Machado es, en esta perspectiva histórica, una figura muy representativa de la Edad de Oro Liberal: y sólo en ese clima, culminación de la tradición liberal iniciada por los hombres de la generación del bisabuelo de Machado, pudo realizarse la magna obra de tantos creadores españoles en campos muy diversos de la cultura. Machado aludió muchas veces a su sentencia: «Hombres de España, / ni el pasado ha muerto / ni está el mañana / ni el ayer escrito.» Con la cual apuntaba Machado a cómo el pasado depende siempre del mañana, del hoy. O como decía el gran Croce, «toda historia es historia contemporánea». Y hoy, en esta España de la convivencia de individuos y comunidades, hemos de mirar hacia aquella España de 1875-1936 —que tuvo muchos defectos, grandes injusticias, pero que no estaba *tan mal*—. En 1938 un periodista anónimo entrevistaba a Machado aquí en Barcelona, en la torre de San Gervasio donde vivía. El poeta se animó mucho cuando el entrevistador le preguntó por Mairena, respondiéndole: «Juan de Mairena es un filósofo amable, un poco poeta y un poco escéptico, que tiene para todas las debilidades humanas una benévola sonrisa de comprensión y de indulgencia.» Ese temple, ejemplarmente liberal de Mairena, era el de Machado. De sobra está recordar que Machado dio ejemplo también de valentía liberal, la misma que tuvo también su bisabuelo en 1812.